

Algunas reflexiones sobre el conflicto del '79

Por: Luis Guzmán Palomino

Bien se conoce que el llamado período del guano estuvo caracterizado por escandalosos robos, fraudes y negociados a través de los cuales la elite dominante limeña pudo amasar inmensas fortunas. Paradójicamente durante esos años, que la historia conoce también como época de la prosperidad falaz o del desarrollo frustrado, el Estado acrecentó sus deudas externa e interna, hasta quedar al borde de la bancarrota, porque los guaneros dilapidaron sus millones en una vida plena de lujos y placeres, sin interesarse en lo más mínimo por el progreso y la defensa nacional del país que, con su corrupta administración, precipitaron a la ruina.

Era José Balta el mandatario de turno cuando surgió contra los guaneros Nicolás de Piérola, no por convicciones nacionalistas o para terminar con la inmoralidad, sino para entregar el negocio del guano al especulador francés Augusto Dreyfus, con lo que a la postre sólo se produjo un reemplazo de grupos corruptos. El gobierno de Balta-Piérola fue uno de los más nefastos de la historia del Perú, pues bajo el manto de la construcción por doquier de obras públicas, en especial ferrocarriles, se dilapidaron todos los millones que en calidad de adelanto proporcionó Dreyfus, millones que hicieron la fabulosa fortuna del aventurero norteamericano Henry Meiggs, cuya figura signó todo este período. Al final, dejaron de afluir los capitales de Dreyfus, precisamente cuando la deuda externa del Perú alcanzaba una cifra astronómica e impagable, sumiéndose el país en el descrédito internacional.

No es el caso abundar aquí sobre lo que significó la presencia de Meiggs en la vida política nacional. Sin duda fue un excelente ingeniero y un profundo conocedor de las gentes, pues las supo manejar como le convino. Pero lo más saltante de su personalidad fue su carencia absoluta de escrúpulos, su extraordinaria amoralidad que lo convirtió en cabecilla de la corrupción que entonces reinó en el Perú.

Fue Manuel Gonzáles Prada quien mejor retrató al hombre y su tiempo, escribiendo en un artículo que tituló En el año 2200, estas líneas condenatorias: "En el Perú del siglo XIX, en esa Cartago sin Aníbal, en esa monarquía mercenaria con ínfulas de república, reinaban los presidentes, gobernaban los Dreyfus y los Grace. Ahí no había más eco que el del oro, ahí no había más idea que locupletar el vientre: la conciencia de todo político se vendía, la pluma de todo escritor se alquilaba. Los hombres inteligentes eran pícaros, los honrados eran imbéciles. Ahí no podría citarse el nombre de un individuo que merezca llamarse honrado, porque no se consideraba cosas indignas el asaltar la riqueza pública, traicionar a sus convicciones ni traficar con la honra de sus propias familias. Hubo un tal Meiggs, un negociante convertido en millonario gracias a los contratos leoninos con el gobierno. Pues bien, las hermanas, la esposa y las hijas iban a prostituírsele. ¿Qué era el poder judicial? Almoneda pública, desde la corte suprema hasta el juzgado de paz. ¿Qué los congresos? Agrupaciones de mala ley, formadas por los familiares, los amigos, los paniaguados y los domésticos de los presidentes. ¿Qué las autoridades políticas, desde el gobernador hasta el prefecto? Torsionarios que encarcelaban, flagelaban,

violaban y fusilaban. ¿Qué el pueblo?, una especie de animal doméstico y castrado... ¡Tiempos felices! Los auxiliares de un pirotécnico (por no decir cohetero) se metamorfoseaban en ingenieros de minas, y los oriundos de Nueva Caledonia (adjudicándose nombres floridos) hacían de influyentes personajes con asiento diario en la mesa de palacio. Algunos de los provecos y severísimos varones que hoy fundan cátedra de moral, virtud y urbanidad eran entonces muchachos imberbes con todas las argucias de Gil Blas, pues ganaban relojes de oro y alazanes pura sangre por montar la guardia mientras sus madres, sus hermanas o sus primas tomaban la posición horizontal en el canapé de Meiggs".

En ese tiempo entró a tallar también en los asuntos del Perú otro audaz aventurero, que con el tiempo habría de tener tanto poder como el que tuvo Meiggs. Nos referimos a William R. Grace, que en 1869 fungía como agente del ministro peruano en los EE.UU., Aurelio García y García, para la compra de material de guerra a la marina norteamericana. Esta actividad incluía la adquisición de cartuchos de municiones de un almacén naval en Nueva York para barcos de la armada peruana. Además, Grace supervisó la reparación en un astillero de Nueva York del buque de guerra peruano "Marañón", que poco después sería dado de baja. Auspiciado por el gobierno de Balta-Piérola, Grace fue consolidando una estrecha relación con el Estado peruano, lo que le iba a servir para convertirse en proveedor de armas para el Ejército y la Marina del Perú durante la Guerra del Pacífico.

Para hacer frente a Piérola y a Dreyfus, los guaneros peruanos consideraron preciso dar forma a un poderoso partido político que les permitiera recuperar el control directo del Estado. Nació así el partido Civil, que tras los trágicos sucesos de julio de 1872, en que fueron asesinados los hermanos Gutiérrez, instaló en la presidencia a Manuel Pardo, uno de los hombres más acaudalados del país. Connotadas figuras del anterior régimen, como si temieran por los delitos que habían cometido usufructuando del poder, buscaron entonces refugio seguro en Chile, pese a que Pardo no los hostilizó en lo absoluto. Hacia allá marchó el ex-ministro Manuel Santa María, de quien se dijo que "tenía la conciencia más negra que manos de carbonero", y poco después Piérola siguió sus pasos. No había podido resignarse a volver a su antiguo comercio de drogas y pasó a Chile con el propósito de conspirar desde allí contra Pardo, para lo cual contaba con el apoyo pecuniario de Dreyfus. Por su oposición a la oligarquía limeña de guaneros y banqueros, Piérola captaba la adhesión de los terratenientes provincianos, con excepción de los agro-exportadores del norte costeño y del sur chico, que se habían alineado con los civilistas obteniendo a cambio el crédito de sus bancos.

La gestión presidencial de Pardo fue desastrosa y dio pie para el estallido de conspiraciones y rebeliones. Pese a lo grave de la crisis fiscal, durante su mandato prosiguió el saqueo de los recursos nacionales para exclusivo beneficio de la elite dominante. El guano no era de momento un buen negocio, por los líos con Dreyfus y por la rebaja de su cotización en el mercado internacional; entonces los civilistas decidieron adueñarse del salitre, conformando sus bancos asociados la Compañía Salitrera del Perú, cuyo presidente, el abogado Francisco

García Calderón, habría de tener rol protagónico en la guerra con Chile. Funesta en grado sumo fue la gestión gubernativa de la argolla, como se dio en llamar desde entonces al pardismo despótico y exclusivista. Además de quebrar al estado económicamente y de azuzar sin tregua la pugna política, el gobierno de Pardo azuzó el “antimilitarismo”, viendo en el Ejército y la Marina a sus enemigos. Así fue que se descuidó de manera suicida la defensa nacional, no obstante ser ya notoria la amenaza del expansionismo chileno.

Sintetizando lo que fue ese nefasto período, el abate Faría escribió: "Los hombres de la argolla, que inauguraron su gobierno con la infame bacanal de los hermanos Gutiérrez, cuyos cadáveres fueron arrojados a la hoguera, representaron un gobierno funesto para la patria. Este gobierno levantó la bandera del antimilitarismo, amenazados como estábamos por Chile. Mantuvo al Perú en completo estado de desarme. Disolvió el ejército... Puso la escuadra en estado de desarme, convirtiendo el “Huáscar” en criadero de chanchos... De los mil millones de los empréstitos y presupuesto del 72 al 76 no se compró un rifle ni un casquillo... Mientras tanto Chile se armaba para arrebatarnos nuestro rico territorio del sur. El gobierno pardista del 72 cometió graves errores y asumió ante la historia terribles responsabilidades. Declaró la bancarrota nacional, llevando al Perú a la ruina financiera y al desprestigio externo. El Perú declarado en bancarrota, poseedor del guano y del salitre, inmensa riqueza que representaba más de veinte mil millones... Al firmar el pardismo la declaratoria de bancarrota entregaba a Chile, a perpetuidad, el guano y el salitre... El funesto tratado con Bolivia, firmado el año 73, entre los plenipotenciarios Riva Agüero y Benavente, fue el mayor error y descalabro del pardismo. ¡Firmaron un tratado

de alianza con un país pobre, débil, anarquizado y desordenado, que se encontraba a los pies de Chile... Nuestra aliada, a la declaratoria de guerra, no poseía ni una mísera chalupa! Los negociados de los bancos de emisión representan un peculado vergonzoso. Los pardistas extrajeron de la caja de los bancos todo, o casi todo el oro y la plata, y lo remitieron a Europa. Emitieron el billete fiscal sin garantía, incontrovertible y lo declararon de circulación forzosa. Con una mísera máquina de imprimir se fabricaron millones y más millones de billetes. Hubo una verdadera debacle. De esta manera, los pardistas aseguraron en metálico depositado en Europa sus fortunas privadas, arruinando el crédito financiero del Perú... Esa fue la obra nefasta del pardismo del 72 al 76, con sus vergüenzas, con sus errores, con sus peculados y con sus felonías".

Grace, vinculado al gobierno de Prado, logró la consignación del guano y del salitre para su comercialización en los Estados Unidos; pero al estallar la guerra con Chile perdió ese negocio, reemplazándolo con "la importación de elementos bélicos urgentemente necesitados por las fuerzas armadas peruanas en guerra con los chilenos", según apunta Alfonso Quiroz Norris. Siendo Grace el proveedor de armas para el Perú, debe investigarse sus archivos, a fin de obtener respuestas al por qué el Perú afrontó el conflicto de 1879 con una grave carencia de material de guerra.

Tipo de armas y municiones que usó el ejército peruano en la guerra del 79 El informe más fidedigno del estado militar del Perú al momento de afrontar el conflicto del guano y del salitre, aparece suscrito por un protagonista de primer nivel, Andrés Avelino Cáceres. En sus Memorias de la Guerra del 79 deploró

que no se tomara en cuenta la advertencia premonitoria del mariscal Castilla (“Si Chile compra un buque, el Perú debe comprar dos”) y criticó a los mandatarios que le sucedieron por haberse cegado en disputas internas descuidando la defensa nacional: “No se tomó en cuenta (lo advertido por Castilla), y mientras se perdía el tiempo en la lucha de intereses internos, generalmente egoísta –dijo Cáceres-, se hacía caso omiso del peligro exterior que amenazaba de muerte a la república. Y efectivamente –agregó-, tal peligro existía, incubábase en la sombra, era lactado por una vieja ambición, robustecíase, armábase, y sólo esperaba un momento oportuno para dar un feroz zarpazo en las carnes vivas de nuestra nacionalidad. Los hechos más tarde así lo comprobaron”.

Fue visible la prédica expansionista en el país vecino, donde la doctrina Portales signó los objetivos de su agresiva burguesía. Sin embargo de saber que Chile robustecía de manera alarmante su poderío militar, los gobiernos de nuestro país, enarbolando un absurdo pacifismo, desatendieron las imprescindibles y urgentes necesidades a la Fuerza Armada, reduciéndola a su mínima expresión: “Nuestro poder militar por esos descuidados tiempos –escribió Cáceres- era, no sólo relativamente, sino en sí mismo, muy débil y escaso. La Marina y el Ejército, los dos brazos de la Defensa Nacional, estaban exangües, sin nervios ni vitalidad”.

El mar estaba desprotegido. Nuestras costas no estaban preparadas para contener un desembarco enemigo. Cáceres hizo puntual detalle de esa trágica falencia:

“Nuestra extensa costa no presentaba sino un solo puerto artillados, el Callao, cuyos cañones no alcanzaban a proteger sino un radio de pocos kilómetros. Estos cañones, en número de 53 y de distintos sistemas y calibres, desde 32 hasta 500 libras, estaban desmontados. Las municiones existentes no llegaban a 1800 tiros.

El resto de la extensa costa estaba defendido únicamente por la escuadra. La escuadra se componía de dos blindados: El monitor “Huáscar”, de 1130 toneladas, con un blindaje de 4 y ½ pulgadas y un andar de 12 millas por hora. Estaba armado de dos cañones de a 300 libras y dos de a 40. La fragata “Independencia”, de 2000 toneladas, con un blindaje de 4 y ½ pulgadas y un andar de 11 millas; armado de dos cañones de a 150 libras y doce de a 70, La corbeta “Unión”, de 1150 toneladas, llevaba doce cañones de a 70 y uno de a 9, con un andar de 13 millas. La “Pilcomayo”, de 600 toneladas, contaba con dos cañones de a 70, cuatro de 40 y cuatro de a 12, con un andar de 10 millas. De estas unidades navales, sólo las dos primeras podían considerarse como fuerzas efectivas de combate y las demás como auxiliares.

Los proyectiles eran escasos. Todos los buques hallábanse en mal estado y necesitaban muchas reparaciones para poder entrar en campaña. Las tripulaciones no estaban debidamente adiestradas, sobre todo en lo concerniente a la práctica de tiro. Teníamos, además, los viejos monitores “Atahualpa” y “Manco Cápac”, con sus maquinarias inutilizadas, anclados en la rada del Callao”.

Frente a ello Chile presentaría ocho navíos de guerra, entre ellos dos blindados recientemente construidos, de doble hélice y con todos los adelantos de la época. Nuestro aliado, Bolivia, pese a ser país marítimo, no tenía ni una mísera chalupa.

Según Cáceres, el efectivo de nuestro Ejército, incluyendo la gendarmería, apenas llegaba a los 5500 hombres:

“La infantería estaba constituida por los batallones: “Pichincha N° 1”, “Zepita N° 2”, “Ayacucho N° 3”, “Callao N° 4”, “Cuzco N° 5”, “Puno N° 6”, “Cazadores N° 7” y “Lima N° 8”, constando cada uno de 450 hombres, por término medio.

El armamento de la infantería consistía en fusiles de diversos sistemas. En los parques existían 2430 fusiles “peruanos” (Castañón-Chassepot, 2000 Minie y algunos centenares de Peabody, Comblain y Remington. Y un total de poco más de un millón de tiros de bala.

La caballería se componía de los regimientos “Húsares de Junín”, “Lanceros de Torata” y “Guías” con 300 a 450 soldados cada uno. Usaba carabinas Martín-Henry y Spencer, y sables. Los caballos eran de poca alzada y escasamente adiestrados.

La artillería constaba de dos regimientos: el de “Artillería de Campaña” y el “2 de Mayo”, con 1000 hombres en junto. El material de artillería consistía en

cañones de a 4, de a 6 y de a 9 libras. En total unas 30 piezas, entre antiguas y modernas, de ánima lisa y rayadas.

Los cuerpos de tropa estaban distribuidos en diversos puntos del territorio: en el Cuzco el batallón “Zepita N° 2”, en Ayacucho, el regimiento “2 de Mayo”; los restantes en Lima, Chorrillos y el Callao.

Fuera del Ejército de Línea había la Guardia Nacional. Se componía entonces de unos 60000 hombres, pero hacía más de cuatro años que no habían sido llamados para ejercicios”.

El documentado historiador boliviano Álvaro Pérez Castillo es severo al exponer el real poder del ejército de su país al estallare el conflicto de 1879, criticando “su ausencia total de reservas, parque, caballería y artillería, y una dirección militar adecuada para el predominio de Hilarión Daza, cuyos galones no reflejaban el producto del estudio militar alguno, sino el resultado del innoble oleaje de los motines, las revoluciones y el desorden”. Es severo pero a la vez objetivo, pues no escatima juicios laudatorios a quienes se hicieron merecedores de ello. Dice, por ejemplo, que “tenía a su favor el Perú el hecho de contar con el que quizá era el mejor marino del Pacífico, el Almirante Miguel Grau”.

Con esa misma objetividad describe el caótico estado del ejército peruano al afrontar la guerra, con datos parecidos a los proporcionados por Cáceres: “El ejército peruano contaba con 6550 plazas teóricas, de las cuales 2679 eran

oficiales. Proporción absurda y casi cómica, que demuestra la poca efectividad de su organización. Solamente figuraban en sus parques 5366 fusiles de once tipos distintos”.

Al estallar la guerra Chile presentó un efectivo de 15000 hombres de guerra de las tres armas, sin contar a su numerosa Guardia Nacional. El armamento de su infantería estaba constituido básicamente por fusiles Comblain con bayonetas. La caballería manejaba carabinas Spencer y Winchester, además de sables. Y la artillería tenía cañones de campaña y de montaña sistema Krupp. Los Comblain eran 13000 con tres millones de cartuchos. Y también se contaban por miles los Minie, Gras, Beaumont y Kropatschek. Chile unificó el calibre de estos diversos sistemas, uniformizando así el armamento de su infantería. Tenía además una fábrica que llegó a producir 130000 cartuchos diarios.

Era notorio el desequilibrio de fuerzas con perjuicio para el Perú y Cáceres mencionó como causas de nuestra inferioridad la “poca preparación militar, el mal armamento, la escasez de municiones, el servicio administrativo pésimo o nulo y la rivalidad continua entre los altos jefes... Todo esto era bien conocido por los chilenos, políticos y militares, que marcharon confiadamente por el camino de sus conquistas, largo tiempo meditadas y preparadas”. Respecto a la preparación militar, mientras los oficiales chilenos se formaban en Europa, los oficiales peruanos lo hacían en las guerras civiles, como bien apunta Virgilio Roel Pineda.

Abastecimiento de armas y municiones durante las diversas campañas Desde el principio de la guerra, las casas Grace en Nueva York y Lima, declarándose aliados del Perú en resguardo de sus intereses económicos, “se convirtieron en los más importantes proveedores de armas de las fuerzas peruanas”. Tal afirma Alfonso Quiroz Norris, en su tesis *Trade and Financial Aspects of the War of the Pacific, 1879-1890*, presentada a la Universidad de Columbia. En uno de sus acápites se lee: “Los negocios de la firma Grace con el gobierno peruano fueron muchos y variados antes y durante la guerra del Pacífico, desde consignatarios del nitrato a los EE. UU. Y Canadá hasta proveedor de armas durante la guerra por una cantidad que ascendía a 4’462,247 soles”. Pero este historiador no cita mayores detalles sobre qué tipo de armamento se adquirió con esa millonaria suma ni cuál de los gobiernos (fueron varios entre 1879 y 1883) se entendió con la Casa Grace.

En la primera fase de la guerra Michael P. Grace mantuvo entrevistas con altos funcionarios del gobierno norteamericano intentando que esa potencia se alinease con la causa peruana; y al no lograr ese objetivo escribió con amargura: “Los Estados Unidos serán odiados implacablemente en la costa del Pacífico, y se burlarán y reirán de ellos las legaciones extranjeras, la prensa chilena los ridiculizará y los peruanos los despreciarán y los acusarán de ser culpables en gran medida del problema actual”.

Pero esas originales e interesadas simpatías por el Perú muy pronto se disiparon, al optar la Casa Grace por una actitud pragmática. Advirtiendo que Chile tenía una incontestable superioridad de material bélico, vislumbraron que

el Perú perdería la guerra. Por eso decidieron entenderse con el gobierno de La Moneda.

Tan tempranamente como el 22 de diciembre de 1879, pocas horas después del golpe de Estado de Piérola contra Prado, William R. Grace anunciaba a sus socios de la Baring Bros and Company la posibilidad de un entendimiento con los chilenos: “Nosotros suponemos que en caso del desastre final de nuestros amigos y si la provincia de Tarapacá se cediera por tratado a Chile, el responsable de nuestra casa del Callao no vería ninguna impropiedad de visitar Chile para servir nuestros intereses”. En concordancia con esa posición Michael P. Grace viajó a Santiago y se entrevistó con los ministros de guerra y de hacienda chilenos, logrando autorización para fundar una nueva sucursal de la Grace en Valparaíso. Aun más, a partir de entonces fortaleció sus vínculos con John T. North, el poderoso empresario que activó el apoyo norteamericano a Chile para luego convertirse en el “rey del salitre”.

Mas no por ello se deterioraron los estrechos vínculos que la Casa Grace tuvo con los sucesivos mandatarios peruanos. En varios documentos, los Grace se declararon amigos de Prado, Piérola e Iglesias. Más adelante, ya al final de la guerra, con un oportunismo digno de mejor causa, mostrar fingida simpatía por Cáceres, pero conservando estrechos lazos con Piérola, sobre lo que volveremos más adelante.

La pregunta clave es que tipo de material de guerra proporcionó al Perú la Casa Grace por un monto cercano a los cuatro y medio millones de soles. Con toda

certidumbre sabemos que William R. Grace entregara 4000 libras esterlinas al Presidente Prado, antes de que éste viaje al extranjero en procura de armamento. Y está también documentado que los Grace proveyeron de armas al ejército que con anuencia chilena organizó el líder entreguista Miguel Iglesias, cuyo gobierno les hizo importantes concesiones económicas. Al respecto, Quiroz Norris concluye: “No fue por fervor patriótico que la Casa Grace apoyó al Perú en el conflicto bélico contra Chile y traficó con armas destinadas a las fuerzas armadas peruanas. Los destinos del país del guano y los de la casa comercial norteamericana estaban atados por actividades comerciales y financieras que se fueron desarrollando desde la década de 1850... Los Grace cobraron un altísimo precio por aquellas gestiones económicas, diplomáticas y políticas”. Desconocemos el detalle de ese tráfico de los Grace con las armas destinadas a las fuerzas armadas peruanas.

Ahora bien, por su relación con el asunto de la adquisición de material de guerra en el exterior, conviene reparar en las presumibles causas que motivaron el controvertido viaje de Prado al extranjero.

Definitivamente, la derrota peruana en la campaña naval terminó con toda esperanza de conseguir por vía marítima el material de guerra que requeríamos con extrema urgencia. Bloqueado además el crédito peruano en el consenso internacional, era imprescindible una solución a la altura de las circunstancias. Con este razonamiento fue que el entonces coronel Andrés Avelino Cáceres, desde el frente de guerra, escribió una misiva al doctor Francisco García Calderón, exhortándolo a persuadir al presidente Mariano Ignacio Prado para

que saliera del país y viajase a Europa a efecto de adquirir navíos de guerra y armamento para el Ejército. Ese importante documento, revelado hace poco por el coronel Orestes Rodríguez Gonzales en la revista institucional de la OLMC, dice a la letra:

“Arica, 8 de noviembre de 1879.

Sr. Dr. Francisco García Calderón.

Lima.

Distinguido señor y amigo:

Un sentimiento patriótico me impulsa a dirigirle estas breves palabras de acuerdo con Montero, para pedirle animar al Presidente Prado a un viaje a Europa a (fin de) conseguir refuerzos de material que el Perú necesitará mañana para hacer frente quizá (a) esta larga campaña con Chile.

Sugestionable como es el Presidente, convéncalo Ud. De no ceder a ningún razonamiento, puesto que sería perjudicial para la suerte de las armas peruanas. Con Montero y otros jefes hemos conversado de ese asunto. La situación de Arica y Tacna es desesperada. Necesitamos voluntarios, municiones y rifles. Tampoco ignora Ud. La urgencia de naves de guerra.

El movimiento de las tropas de Chile lo conocemos de muy lejos. Nos preocupa la situación política que puede dividir el Perú en perjuicio de su causa. Ud. Ha sido inspirador de muchos proyectos patrióticos. Ojalá que continúe esa misión. El tiempo es corto y todo lo debemos resolver pronto.

Lo saluda y recuerda su viejo amigo que tiene presente sus sabios consejos y espera seguirlos recibiendo de Ud.

Andrés A. Cáceres”.

No sabemos si García Calderón hizo caso de la exhortación de Cáceres, pero lo cierto es que poco después el presidente Prado decidió poner en práctica lo que esa carta aconsejaba. El asunto no fue tan secreto, puesto que en los primeros días de diciembre de aquel año Prado hacía partícipe de lo planeado al presidente boliviano Hilarión Daza, por intermedio de una carta cuyos párrafos más importantes ha publicado Roberto Querejazu Calvo: “Desde mi permanencia en Lima –escribió Prado a Daza- he llegado a convencerme hasta la evidencia de que esta guerra s esencialmente marítima y en tal concepto y sin perder un tiempo precioso, formado ya un plan sobre lo que conviene hacer y adoptada una firme resolución, me embarco el 18 del actual rumbo a Europa. Supongo que mi intempestiva salida de Lima de lugar a todo género de comentarios... pero tratándose del bien de la república me sobrepongo a todo, importándome poco el momentáneo sacrificio de mi reputación y mi nombre... Si algunos pudieran atribuir a mi marcha un fin mezquino, bástales ver que dejo aquí a mi familia, entregada sólo al amparo de la providencia”.

Tarapacá, brillante pero efímera victoria, no varió esa decisión, pues el 5 de diciembre Prado reiteró a Daza: “Querido compañero y amigo: El estudio detenido de la situación me ha dado el convencimiento de que en el estado en que nos encontramos la guerra con Chile tiene que ser muy larga, a la vez que llena de dificultades y muy dispendiosa por nuestra parte si sólo nos atenemos a los elementos terrestres de que podemos disponer. Hay pues absoluta necesidad de procurarnos a todo trance elementos de mar, por lo menos un poderoso buque que sea capaz de hacer frente a la escuadra enemiga. La indispensable adquisición de elementos de esta clase en Europa se ha dificultado hasta hoy por falta de recursos y también por la incompetencia de los diversos comisionados enviados con tal fin. En tal situación, después de pensar con madurez y obedeciendo a un sentimiento altamente patriótico, he tomado la resolución de marchar hoy a Europa en demanda de los mencionados elementos y la he tomado con firmeza en el convencimiento que me asiste de que es el mejor servicio que puedo prestar a la patria y a la alianza... Mi presencia aquí no es indispensable, al paso que mi viaje a Europa será, tengo fe, de provechosos resultados. Lo que yo pudiera hacer aquí, esto es preparar la defensa nacional y enviar oportunamente los auxilios necesarios al Ejército del Sur, puede hacerlo perfectamente el gobierno que queda en mi lugar. Las fuerzas del ejército aliado del sur están encomendadas a usted y a nuestros distinguidos jefes, quienes sabrán responder a su honra. Voy investido de poderes amplios que me permitirán remover cualquier obstáculo para la adquisición de los mencionados elementos, al mismo tiempo que para hacer arreglos convenientes que impidan a los chilenos explotar impunemente

nuestras riquezas de Tarapacá. Sólo pido que se tenga fe en mi patriotismo y contestaré con hechos. Calculo que el viaje demorará cuatro meses a lo sumo. Con el tiempo muy estrecho, sólo me resta saludarle y despedirme”.

Como se sabe, la salida de Prado fue aprovechada por Nicolás de Piérola, el eterno conspirador, para dar un golpe de estado que lo proclamó dictador. Bajo su gobierno se preparó la defensa de Lima, con tan mala organización que el desastre fue total en las batallas de San Juan y Miraflores. Piérola no pensó en repotenciar al Ejército ni en procurarle armamento; hizo todo lo contrario y luego de la derrota tomó la ruta de la sierra, licenciando en Canta a las pocas tropas que lo seguían. Sin embargo, bajo diversas presiones, se vio obligado a nombrar a Cáceres como Jefe Político y Militar del Centro.

Prácticamente de la nada Cáceres formó un Ejército, con el que libró la memorable Campaña de La Breña. En lo que toca al material de guerra empleado en esta campaña...

Casi al final de la guerra, como ya adelantamos, volvió a tener presencia la Casa Grace, mas no para proveer de armas al Ejército de La Breña sino a las fuerzas peruanas que se habían aliado con los chilenos. Fue muy amigo de Piérola, como dijimos, y, por tanto, nada bueno podían esperar de él los patriotas. Dice Quiroz Norris que por medio de cartas Grace “le explicaba a Piérola la urgencia de una paz a cualquier precio, inclusive la cesión territorial”. No está demás decir que desde el extranjero Piérola dirigía la política peruana, teniendo como su instrumento a Miguel Iglesias, quien fuera su ministro de guerra durante la

dictadura. Grace, arribista inveterado, proveyó de armas a Miguel Iglesias, el presidente que Chile inventó, “expresándole la necesidad de la paz para que se restableciera la actividad comercial”.

Pero en julio de 1883, calculando que a la postre Cáceres podría salir vencedor, el oportunista Grace aconsejaba abandonar a Iglesias: “Dudo mucho que el general (Iglesias) pueda mantenerse en el poder –escribió–; consecuentemente sería inconveniente enviar cargamentos de armas a menos que el gobierno chileno los garantice, en cuyo caso pensamos que sería mejor hacer esto a través de otro medio.... En nada beneficiaría a Grace Bros. And Company el estar armando a Iglesias en contra del balance (de poder) en el país”.

Ello no significó necesariamente el rompimiento con Piérola, al extremo de prestarle mil libras esterlinas precisamente cuando su instrumento político, Miguel Iglesias, estaba en vías de ser derrocado por el ejército de La Breña. Es que con inteligente perspectiva, Grace entendía que Piérola podía en el futuro volver al poder. De esto da fe la carta que Michael P. Grace dirigió desde Nueva York a Edward Eyre, el 7 de agosto de 1884, de la cual vale la pena reproducir este párrafo: “El adelanto de mil libras esterlinas a Monocle (así llamaba Grace a Piérola) que nosotros autorizamos, mitad a vuestra cuenta, lo hicimos en vista de los muchos servicios que hemos recibido hasta ahora de sus manos, y consideramos sería una política muy mala negarle esa cantidad pues es líder de un gran partido político y en cualquier momento futuro pueda que vuelva a estar arriba de nuevo”.